Oíamos a los jilgueros cantar

Fernando Molero Campos

56

Iznájar, 2022

OÍAMOS A LOS JILGUEROS CANTAR

FERNANDO MOLERO CAMPOS

56

—

2022

Oíamos a los jilgueros cantar

Imprime: *Publicidad El Castillo*
C/ 9 de junio de 1910, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com
www.publicidadelcastillo.com

Depósito legal: CO-745/2022

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2022
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

Juana Toledano Molina
Salvador Ferreira Porras
Irene Mateo Nieto
Susana Ramírez Garrido
Juanjo Campillos Cañas
Felipe Contreras Jaén

Crac es una onomatopeya que tanto vale para aludir a una quiebra financiera como para referirse a un astro del deporte, a una droga muy americana o a la imitación fónica de que algo que rompe o se quiebra. *Crac* lo determina todo en esta historia.

Solo había un sonido que no estremecía el corazón y la piel de Gloria: el canto de sus dos jilgueros. Los demás: los cláxones de los coches, el granizo rebotando sobre los techos de chapa, el ruido de la llave al entrar en la cerradura, el leve chasquido del cinturón, las pisadas de unos zapatos ebrios por el pasillo, los puños sobre la madera de la mesa del salón, la voz herrumbrosa del marido descollando por

encima de las de los presentadores de televisión, la enervan, la ponen en guardia y se le clavan en los huesos con los dientes afilados del miedo. El pánico es un vampiro que se alimenta de su tuétano. El piar de los jilgueros, sin embargo, la calmaba, la reconciliaba con el mundo y le insuflaba un mínimo hálito de esperanza. «Pajaritos bonitos, cantad para mí.» A ellos se encomendaba en los peores momentos. Su hermosura le reconfortaba. «En el mundo todavía existe algo de belleza», se decía. Eran su alegría, su luz, su horizonte, su compañía. A veces pensaba en abrirles la puerta de la jaula para que escaparan y volaran libres, algo a lo que ella hace tiempo que renunció. En noches frías de desasosiego se pregunta si la culpa no será toda suya. Igual hay algo dentro de ella que desconoce, y el placer y el dolor se le confunden. Los caminos del Señor son inescrutables; los rincones oscuros de los seres humanos, incognoscibles.

Gloria camina por la calle arrastrando su carro de la compra como si llevara piedras en lugar de una lechuga, unas frutas, un hueso de jamón, una pechuga de pollo y un poco de tocino para hacer un caldo.

Una antigua amiga la aborda a la salida de la ferretería a la que ha entrado a hacer una compra.

– ¡Gloria! ¿Eres tú?

Crac. Ella solo escucha *crac*. Aunque lo que ha pronunciado la mujer que tiene enfrente es su nombre. Se estremece como si su mismo nombre ya fuera un pecado o hubiera sido pillada en falta, descubierta en sus intenciones.

– Gloria, hija, ¿eres tú? –vuelve a preguntar.

Sus ojos se le quedan igual que los de las estatuas que miran al vacío del infinito, es incapaz de reaccionar y abrir la boca para responder. Finalmente logra con dificultad salir de su mutismo.

– Hola, Carmen.

– Hola Carmen ni hola Carmen. Ven aquí, dame dos besos.

La amiga de otros tiempos se acerca a ella, la abraza y posa sus labios en sus mejillas. Ella reacciona al contacto como si le hubiera dado corriente: doscientos cincuenta voltios o más. No le devuelve los besos. Fría. Temblorosa al principio. Impertérrita después.

– Ni que te hubiera tocado con un cable pelado, hija –dice la amiga un poco molesta–. ¿Estás bien? Te veo muy desmejorada. Pareces otra persona.

Despabila entonces Gloria. Lo último que desea es que nadie descubra su secreto. Disimula.

– Carmen, perdona, no te había reconocido al principio. Hace tanto tiempo… Y salgo tan poco de casa, que no estoy acostumbrada.

Las dos mujeres charlan un buen rato en la calle. Del pasado. Del presente. De

la vida. De los hijos. De banalidades. Carmen parece una mujer feliz a la que todo le ha ido relativamente bien. Gloria le miente una y otra vez. Ella también ha tenido mucha suerte en el amor. Y el hijo ya está mayor y estudia lejos, casi vuela por libre. Nada dice del dolor, de los sueños truncados. De la jaula vacía de los jilgueros. Siente un ramalazo de envidia que le enturbia el pecho. Como una reacción instintiva introduce la mano en el carro de la compra y se cerciora de que todo está allí, en orden. Acaricia algo largo y duro que le cabe en el puño cerrado; arranca una hoja a la lechuga para frenar su rabia. Podría, si quisiera, allí mismo, convertirse en el ángel de la ira y arrasar con el mundo y su memoria.

– También tengo dos jilgueros. Se llaman Laurel y Hardy. Como El Gordo y El Flaco, porque uno está más rellenito que el otro, es más comilón... –dice Gloria con una sonrisa triste de oreja a oreja. Una nueva mentira añadida.

Ya no están. Y oye en su interior: *crac*, *crac*.

Las mujeres que una vez fueron amigas se despiden cada una a sus asuntos y sus goces y miserias, con la promesa vana de quedar un día.

Gloria regresa a casa a esperar al marido. Solo faltaría que él regresara y no tuviera todo limpio y la comida en la mesa. A pesar de que sus horarios son un misterio, porque dependen más del tiempo que pasa en el bar que del que emplea en el trabajo. Ella ha de estar preparada para cualquier contingencia. Y da igual si la cabeza está a punto de estallarle por tantas vueltas como le da a las cosas y por las premoniciones que casi siempre se cumplen. No existen las certezas en su vida. Siempre está expectante, atenta a si sus actos serán los correctos o no, aunque no dependen de ella las reacciones del esposo. Insondables misterios anidan en el alma del marido. Ella trata de desentrañarlos. La

infancia truncada. El abuso de los otros. Su papel de segundón. La frustración. Las metas no conseguidas. La incapacidad para darles forma a los deseos cumplidos. Son tantas cosas… Como cualquiera.

Los barrotes de la jaula son como una pequeña prisión en la que ya no hay alpiste ni agua ni pájaros. La suya es muy similar, peor, está hecha de paredes y terrores que le impiden escapar. *Crac*. *Crac*. Laurel y Hardy ya no están. ¿Adónde habrán volado sus almas de pajarillos? Ella nunca ha protestado ni se ha quejado por las humillaciones, por los golpes. El marido es un mapa en negro. Nadie sabe de sus cordilleras ni de sus cabos y golfos ni de sus ríos; geografías invisibles que se dibujan según se le da el día.

¿Dónde estará?

Lo normal es que vaya del trabajo al bar y de allí a casa. Gumersindo, que así se llama, no es hombre de ir de acá para allá en busca de aventuras. Son las suyas ruti-

nas de pobre, de quien no espera nada de la vida. Vuelca en Gloria todo su odio y su rencor hacia el mundo. Se conforma con lo que le ha tocado en suerte. Pero si le amarga, otros pagan o cargan con la culpa. Llámense Gloria, miércoles o noviembre. Hasta el hijo tuvo que poner tierra de por medio. Su madre se lo pidió; temía un cisma familiar, un desencuentro fatal con el padre. Porque Alberto ya es un hombre y ya se sabe: la única mujer a la que de verdad respeta un hombre (salvo casos muy excepcionales) es a la madre.

Gumersindo entra en el bar tiznado de grasa, con un mono azul manchado y una jaulita con dos canarios en la mano.

– Ponme un tercio, Tomás –pide al camarero.

– ¿Y esos pájaros? –le pregunta depositando la botella en el mostrador. No le pone vaso porque sabe que no lo quiere. Gumersindo es un hombre de beber a gollete.

– Son para mi mujer. Se le murieron los suyos y le quiero regalar estos.

– Qué considerado. Son bonitos. Y cómo cantan. Nos van a poner la cabeza loca.

Al primer tercio le siguen otros. ¿Cuántos? Bastantes. Suficientes. Las aceitunas, una bolsa de patatas fritas y un puñado de almendras por todo alimento sirven de transición para dar paso al ron con cola. La tragaperras lo llama con su melodía seductora y lumínica, preñada con la falaz promesa de premios tintineantes. Introduce moneda tras moneda en la ranura. Coloca la jaula encima de la máquina. Los pájaros revolotean nerviosos. Tantas luces. Tanto ruido. Lo que gana lo vuelve a invertir. Hasta que lo pierde todo. Todo menos la esperanza de ganar alguno de los premios gordos. Bebe y bebe mientras juega. Se desequilibra de la barra a la tragaperras. La embriaguez comienza a hacer me-

lla. El camarero, que lo conoce, le pide que lo deje y que se marche a casa.

– Pego quién t'as greío queres tú pa decime amí go que tengo que hacer. Ponme otgoron cola y dame cincuentauros, anda, que yala tengo galentita y a punto – le dice como si mascara un estropajo lleno de restos de comida en la boca.

Apenas se le entiende. El camarero sí: catedrático emérito de las variopintas voces y turbios lenguajes de los borrachos aprendidos en sus muchas horas de vuelo en esas maravillosas universidades que son los bares.

– Lo siento, Gumersindo, pero no puedo. No tengo por costumbre prestar dinero para vicios.

Gumersindo, enfurecido, tira el vaso de un manotazo, maldice, lo llama cabrón, hijo de puta, que lo único que quiere es que se vaya para llevarse el premio él. Le da una patada con todas sus fuerzas a la tragaperras. La máquina, por

toda respuesta, le guiña varias veces el ojo y lo llama con su melodía tan alegre como traicionera. Resbala y cae al suelo, como un cerdo que se regodeara entre servilletas sucias y huesos de aceitunas. La jaula, que está en delicado equilibrio, vuela y se estampa contra su cabeza. Algunos de sus alambres se vencen. Los pájaros dan vueltas y vueltas como locos, dejándose parte del plumaje en sus aleteos imposibles.

– Be cago enla badre que barió…

Con la ayuda de otros parroquianos, logra ponerse en pie con dificultad. Lo acompañan hasta la puerta y le colocan la jaula en la mano. Sobre el suelo del bar quedan varias plumas de color amarillo.

De camino a casa, dando traspiés, Gumersindo mastica pensamientos y palabras y los mezcla con la bilis amarga del resentimiento. Mira a los canarios y se calma un poco. Siente algo parecido a lo que le ocurría a su mujer con los jilgueros. No desaparece la embriaguez, pero sí la

rabia del lobo que le andaba devorando las entrañas. Hace en silencio un acto de contrición; se promete mejorar, porque está convencido de que ha tocado fondo. Echa de menos al hijo. «Mañana lo voy a llamar por teléfono y le voy a pedir perdón. Quiero que venga más a menudo, que volvamos a ser una familia», piensa. Curiosamente, las palabras adquieren tintes precisos en los circuitos de su cerebro. Menos mal que no tiene que verbalizarlas.

Gloria se estremece al oír la llave en la puerta. Por la hora que es sabe que el marido no viene del taller sino del bar, con todo lo que ello conlleva. Teme lo peor. Las manos comienzan a temblarle. En su cabeza solo hay cabida para un pensamiento.

– ¡Glori! ¡Glori! ¡Miga loque te traío! –grita en la mismísima entrada.

La esposa distingue desde lejos el estado en que viene. No quiere nada, con que no la insulte ni le pegue tiene suficiente, se conforma. Pone la sopa a calentar.

En la mesa del salón ya están puestos el mantel, el pan, el vaso, los cubiertos y el postre. Aunque ella no ha comido, no lo va a acompañar porque el estómago se le ha cerrado.

– Miga qué pajagitos tan bonitos te guegala tu Gumersindo–dice entregándole la jaula con los canarios.

La mujer la coge porque no se atreve a rechazar el presente. Simula estar encantada. Miente.

– Gracias. Son preciosos.

– He sufriun percance y s'hastropeao un poco. Anda, damun beso.

Gumersindo parece un hombre al filo de la crucifixión con los brazos en cruz para abrazarla. Acerca sus labios y la besa. Gloria hubiera preferido mil veces que los labios fueran los de un millón de ranas juntas. Siente asco, una repugnancia que está a punto de hacerle vomitar. Sujeta la erupción contrayendo los músculos del estómago y dibujando la mejor de sus sonrisas.

– Siéntate que enseguida está la sopa –le dice.

– No tengo hambre.

– Un caldito calentito te sentará bien.

El marido, que se ha hecho de camino a casa propósito de enmienda, obedece por vez primera sin rechistar. Gloria le enciende el televisor con el mando a distancia. Sube el volumen. En uno de esos canales por cable están poniendo un capítulo de aquella antigua serie de televisión llamada *Alfred Hitchcock presenta*. Concretamente uno basado en el cuento *Cordero asado* de Roald Dhal, que para la ocasión han titulado *Cordero para la cena*. El señor Patrick Maloney, detective de profesión regresa a casa. Su encantadora esposa Mary lo espera porque van a salir a cenar fuera. Él se muestra huraño. Ella le prepara una copa. El detective tiene que decirle algo que no le va a gustar. Y no quiere salir. Mary, solícita, nada enfadada, se ofrece a

traerle las zapatillas de estar en casa, a prepararle unas chuletas para cenar o cualquier otra cosa. Pero nada complace al marido. Solo quiere que se siente, se calle y lo escuche. Termina diciéndole algo que ella no quería oír. En su interior niega haber escuchado sus palabras. Es imposible. Además ella está embarazada. Ajena a la realidad, Mary va al arcón congelador del garaje a buscar lo que sea para preparar la cena.

A Gumersindo se le cierran los ojos. Mira la historia de la televisión como en un mar de brumas. Pero algo le ha intrigado por dentro y quiere ver en qué queda el asunto. Gloria intenta no derramar el plato de sopa con fideos y pollo en su trayecto de la cocina al salón. El alma del caldo emerge del líquido en forma de humo deshilachado.

De vuelta a la cocina, mira a los canarios en su jaula. No puede contener las lágrimas. *Crac*. Una lágrima gorda le resba-

la desde cada ojo mejilla abajo. *Crac*. Un par de lágrimas más. Recuerda cómo ocurrió todo. Estaba limpiándoles el comedero y dándoles de comer a Laurel y Hardy. Los pájaros, como agradecimiento, le dedicaron el más hermoso de sus trinos. Ella sonreía feliz, ajena a las miserias del mundo. Y entonces llegó Gumersindo. Un día tan parecido. Borracho. Sin mediar palabra la apartó de la jaula, metió la mano dentro y agarró al primero que pilló. Le quebró las patas con crueldad. *Crac*. Luego le rompió el cuello sin miramientos. *Crac*. Lo arrojó al suelo. Los pataleos, gritos y llantos de la esposa no sirvieron de nada. Cogió al otro y repitió la misma operación en idéntico orden. *Crac*. *Crac*. Allí mismo se derrumbó lo poco que quedaba del mundo de Gloria. Desde entonces fue una autómata, la imagen de la tristeza infinita. Su única alegría se desvaneció en unos segundos sin que pudiera hacer nada para impedirlo. «Podía haber hecho algo. Debía de haber hecho

algo. Tenía que haber hecho algo. Mi obligación era impedirlo. A toda costa. Pero fui una cobarde», se repitió en los días siguientes, en las semanas siguientes. Hasta que reunió las fuerzas.

Laurel y Hardy fueron enterrados por la mañana, en ausencia del marido, en sendas macetas de flores que Gloria colocó en el balcón de su piso. Para que les diera el sol. Por si alcanzaran a ver el mundo desde allí. Si su canto no salía de sus gargantas, quizá lo hiciera de sus huesecillos.

Ha llegado la hora. Saca del horno frío el segundo plato para Gumersindo. Solo siente el aullido del vacío en su interior. Las náuseas y el mareo llegarán más tarde. Se mueve como los androides o los zombis de las películas. El marido, con la cuchara en la mano, contempla, con una mirada boba, a Mary en la televisión. La mujer ha sacado del congelador una pierna de cordero envuelta en papel. El señor Maloney repasa unos papeles que tiene sobre

la mesa, junto a la ventana cerrada, de espaldas a ella. Ni siquiera oye los pasos de su esposa acercándose desde atrás: los ojos fijos en el cristal de la pantalla. Supone lo que va a ocurrir en el *telefilm*. «No se atreverá», piensa.

– ¡Patrick! ¡No puedes irte! ¡No puedes! ¡No!

– ¿No?

– ¡No lo permitiré! ¡No! ¡No! ¡No!

– No te pongas histérica por esto.

– ¡Patrick, lo digo en serio!

– Intenta detenerme.

Mary, con la mente tal vez en blanco, toma una decisión irrevocable que ya traía ligeramente meditada. Levanta la pierna de cordero congelada y entonces la ve. A ella. A Gloria. Reflejada en el cristal del televisor, confundida su imagen con la de la esposa del detective Maloney. Con una única diferencia. Lo que Gloria sujeta en alto con todas sus fuerzas es el martillo que ha comprado por la mañana en la fe-

rretería, justo antes de toparse con Carmen en la calle. Por eso no tenía tiempo para ella. Todos sus pensamientos estaban concentrados en el arma que acababa de adquirir y en si sería capaz o no de utilizarla.

– ¿Qué…?

Es la última palabra que sale de la boca de Gumersindo. Mary golpea a su marido en la parte trasera de la cabeza tan fuerte como puede. Gloria la imita. Como si descargara sobre el cráneo del asesino de Laurel y Hardy el mismísimo rayo de Zeus. El sonido es música celestial para sus oídos. A falta del canto de sus jilgueros se conforma con esa pequeña sinfonía fugaz en la que los huesos se quiebran por el impacto del acero. *Crac*. *Crac*. *Crac*. *Crac*. *Crac*. *Crac*. *Crac*. El señor Maloney, traidor al amor inconmensurable de Mary, cae a plomo como si hubiera perdido el eje que lo mantenía erguido y se derrumba igual que un saco de patatas sobre la alfombra del

salón. Gumersindo ve un instante a un perro de tres cabezas que arrastra veloz un carro con las llamas del infierno hacia la niebla de sus ojos. El cuello se le convierte en gelatina. Cae con todo el peso de su cabeza abierta sobre el plato de sopa aún humeante. El líquido amarillento desborda los límites de la porcelana en una improvisada erupción que pone todo el mantel perdido. Su lugar lo ocupa otro color rojo intenso. Los fideos semejan gusanos a su alrededor, anuncian el advenimiento de la entrada de Gumersindo en el reino de los muertos, con plaza principal en la avenida más concurrida del infierno, adonde van los seres malvados.

Gloria deja caer el martillo al suelo. Curiosamente, contra todo pronóstico, la mano ya no le tiembla. Siente una inmensa paz interior, una desconocida fortaleza. Los insultos, sí. Los desprecios, sin problema. Las humillaciones, tolerables. Los golpes, también. Pero la muerte de Laurel y Hardy

exigía algún tipo de reparación. La venganza está cumplida. Los pobres jilgueros pueden ahora descansar en paz. Aunque ella no vuelva a oírlos cantar.

Mary Maloney, con una tranquilidad absoluta, sin remordimientos, introduce la pierna de cordero en el horno, certifica la defunción del marido, desordena la casa como para simular un robo, llama a la policía y espera la llegada de los compañeros del detective, los responsables que determinarán las causas de su muerte entre especulaciones sobre cuál habrá sido el arma homicida, mientras el asado se dora al fuego desprendiendo un aroma capaz de resucitar a los muertos. Con idéntico aplomo, Gloria va a la cocina, coge la jaula de los canarios con una mano y regresa al salón. Sale al balcón y abre la puertecita abollada de la jaula.

– Volad libres, pajarillos –dice.

Un revuelo de plumas y felicidad abandona los barrotes y se alza hacia la

noche oscura en busca de las acogedoras ramas de un árbol en el que aguardar al día.

– Eran sus vidas tan frágiles… –le dice Gloria al abogado que la interroga.

– Por no escuchar las voces ni los golpes, oíamos a los jilgueros cantar –declaran los vecinos en el juicio.

CULTURA IZNÁJAR

PUBLICIDAD EL CASTILLO